

Editorial

La evolución de la mujer en la medicina

Dra. María Elizabeth Enríquez Vega*

“No se nace siendo mujer, se deviene a ello”

Simone de Beauvoir

El presente escrito no pretende ser una apología en favor de la mujer, simplemente describe su evolución en un área catalogada hasta hace menos de medio siglo como exclusiva del género masculino: la medicina y más específicamente la cirugía.

En un país como México en donde el problema de género está lleno de aristas (lo cual tiene relación con la cultura, la educación y con una aún vigente tradición patriarcal-machista), se favoreció que durante mucho tiempo, el papel de las mujeres fuera relegado a segundo plano, opacado y mermado tan sólo como un soporte hacia sus hombres.

La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, cuya promulgación el 5 de febrero 1917 puso fin a la Revolución Mexicana y derrocó al gobierno de Porfirio Díaz, no otorgó a las mujeres la ciudadanía en forma expresa, aunque tampoco se las negó: el artículo 34 original establecía que son ciudadanos “los mexicanos” –aplicando ese dicho que dice el que calla otorga–, la indefinición fue interpretada como una negación. En un intento por corregir el error, el 12 de abril del mismo año fue aprobada la Ley de Relaciones Familiares, según la cual la mujer y el hombre tienen derecho a considerarse iguales en el seno del hogar, la mujer quedó entonces en condiciones de ejercer la patria potestad sobre los hijos, contribuir al sostenimiento de la familia, administrar los bienes comunes y los suyos propios, hacer contrataciones y obligarse. No fue sino hasta el 17 de octubre de 1953, después de varias décadas de lucha sin interrupciones, que las mujeres mexicanas conquistaron derechos ciudadanos plenos a nivel federal al ser reformado el artículo 34 de la Constitución, hecho que les permitió votar y ser electas y significó un gran avance de la democracia.

En la Facultad de Medicina, fundada en 1578, entonces perteneciente a la Real y Pontificia Universidad de México, durante poco más de 250 años no se encontró ningún registro de alguna mujer inscrita como alumna.

Hacia 1840 se crea el Consejo Superior de Salubridad con lo que se reglamentan todas las prácticas relacionadas con la salud y se implementa la expedición de licencias mediante la presentación de un examen de conocimientos. Las actividades que debían sustentarlo eran: dentistería, flebotomía, farmacia, medicina y partería, es así que las mujeres que por primera vez pisaron las aulas de la Escuela de Medicina, fueron las que incursionaron en el campo de la dentistería: Luz Gutiérrez, titulada como flebotomiana en 1858, las dentistas Margarita Chornéen, 1886, hija del conocido y respetable cirujano dentista Agustín Chorné, Clotilde Leonila Castañeda, en 1890 y Mónica Correa, en 1896. Cabe mencionar que estas dentistas no atendían en sus consultorios a los hombres, ya que ellos no lo permitían por considerarlas ineptas, pero en cambio eran muy solicitadas en las clases acomodadas, ya que las damas de sociedad eran atendidas en sus casas por estas dentistas, para evitar las desconfianzas de sus esposos.

Matilde Petra Montoya nació en la Ciudad de México en 1859 y fue la primera mujer que recibió el título de médico cirujano en la Escuela de Medicina de México en 1887, elaboró la tesis que fue el primer escrito sobre laboratorio clínico. Fue considerada como “peligrosa e impúdica” por sus contemporáneos por atreverse a romper las normas, abriendo el brecha para otras mujeres como Columba Rivera que obtuvo el título de médico cirujano en 1899.

Para darnos una idea de lo difícil que fue para estas mujeres incursionar en el área de la medicina, en las dos últimas décadas del siglo XVIII, acé-

* Jefe de Servicio Angiología y Cirugía Vascular. Hospital de Especialidades La Raza IMSS. Presidente de la Sociedad Mexicana de Angiología y Cirugía Vascular.

rrimos partidarios de la marginación femenina, expresaban públicamente sus opiniones, tal es el caso de la opinión del Dr. Francisco Flores y Troncoso que, podríamos decir, recoge el sentir del gremio médico de la época en relación con la posibilidad de que las mujeres estudiaran y ejercieran la medicina.¹ (sic) “¿El estudio y el ejercicio de la medicina se aúnan bien a las inclinaciones y a la manera de ser de la mujer, especialmente de la mexicana? ¿Es conveniente fomentar el entusiasmo que en algunas de nuestras compatriotas empieza a despertarse, de abrazar una carrera tan espinosa que no pocas veces hará aparecer el carmín a sus mejillas y las enfrentará con ocasiones no escasas de peligros? ¿Podrá la mujer, por más que esté animada de la mejor voluntad, desempeñar el ejercicio de tan escabrosa profesión en todos sus ramos? Asuntos son éstos que se presentan a profundos estudios filosóficos, cuyo desarrollo nos llevaría demasiado lejos y saldría del plan de esta obra, pero que acaso alguna vez llegaremos a abordar. En tesis general sólo queremos ahora decir: que dominando en el sexo débil la imaginación y el sentimiento, quizá en los estudios teóricos de Medicina sí podrá llegar a distinguirse la mujer; pero en la práctica que a veces pone en la mano del médico el cuchillo homicida y le urge a obrar sin espera; en esa práctica que exige a veces una tal sangre fría y serenidad tal, que aun al mismo hombre le falta, y una decisión y una indiferencia al sufrimiento, que la mujer no tiene ni puede tener y que sería un absurdo exigirle; muchos dudamos que salga airoso del nuevo y extraño papel que en la sociedad quiere desempeñar. En buena hora que se dedique a la música, ese idioma de los ángeles, puesto que ella le habla al sentimiento; en buena hora que se consagre a la pintura, ese remedo de las obras de Dios, puesto que ella le habla a la imaginación, y en buena hora todavía, que emplee sus ocios en cultivar la literatura hablando el lenguaje de las Musas, puesto que ella le habla a la imaginación y al sentimiento; pero que no se nos presente, aunque sea llena de ciencia, escudriñando las miserias de la humanidad y rompiendo, voluntariamente, el velo de su sencillez e inocencia. Y si esto decimos de la mujer en general, muy especialmente nos referimos a las de raza latina, la más inteligente pero la más sensible. La mujer que entre nosotros, quizá después de miles de reveses y decepciones, abraza esa carrera, consagrándose a su sacerdocio, formará, sin duda, una rara excepción. Ella podrá, no lo dudamos, llegar a ser una buena partera; quizá una regular médico; pero la Cirugía... la Cirugía creemos que siempre será para ella el insondable abismo que la impedirá que siga adelante, y la terrible esfinge que le estará siempre re-

cordando a la memoria que erró su vocación. Creemos, pues, que cambiar la rueda por el bisturí, la formación de la familia por la voluble clientela, y la vida tranquila de la casa por la bulliciosa del mundo, será un fenómeno raro, las afecciones innatas de nuestras damas atrayéndolas de una manera irresistible a la quietud y al recogimiento de sus hogares.”

Afortunadamente los cambios surgieron y en las últimas décadas el acceso a la educación superior para las mujeres mexicanas, se ha visto fortalecido, en 1984 el Sistema Nacional de Investigadores únicamente tenía registradas a 283 mujeres investigadoras, cifra que ha crecido hasta 3 mil 322 científicas el año pasado, pero aún quedan muy por debajo de los 7 mil 534 hombres que integran ese sistema.

En 1980 se contaba con 34.1% de alumnas y casi 66% de alumnos en la Facultad de Medicina de la UNAM, para la carrera de médico cirujano. En los años posteriores se presenta un decremento continuo en la proporción de hombres y un aumento en la proporción de mujeres, hasta que entre los años 1988 y 1991 se alcanzó el punto de cruce, en el cual, el porcentaje de mujeres se hizo superior al de los hombres. De aquí en adelante las poblaciones se siguen separando uniformemente. Finalmente, en el 2003 se obtiene un notable predominio de la población femenina que alcanza 64% en contraste con los hombres que representan 36%.²

Lo que no ocurre con la ingeniería, por ejemplo, en donde aún se cree que existe por parte del género femenino una incapacidad tanto intelectual como física para llevar a cabo tareas relacionadas, la proporción de mujeres en el área de tecnología e ingeniería es mucho menor que la de hombres.

Las mujeres latinas conservamos los valores y roles aprendidos que nos vienen de generación en generación; ser esposa, ama de casa y ser madre, sublime privilegio de las mujeres cuyo significado se traduce en trabajar en una de las profesiones más productivas, ya que mediante la crianza y una buena educación forma a los hombres y a las mujeres del futuro. Pero, además, ahora tenemos la oportunidad y la impostergable obligación de buscar espacios, de desarrollar escenarios que nos permitan empatar roles de enorme trascendencia educativa, administrativa y social, que faciliten que esta tetralogía de profesiones (esposa, ama de casa, madre y profesionista) mantengan un equilibrio y que nos permitan ser y hacer con todo nuestro potencial.

Concluyo con una frase que resume mi sentir, y que fue pronunciada por una misionera yugoslava nacionalizada indú: “A veces sentimos que lo que hacemos es tan sólo una gota en el mar, pero el mar

sería menos si le faltara una gota” (Madre Teresa de Calcuta 1910-1997).

REFERENCIAS

1. Flores y Troncoso FA. Historia de la Medicina en México desde la época de los indios hasta la presente. 2a. Ed. Introd. T. III. De Juan Somolinos Palencia. México: Instituto Mexicano del Seguro Social; 1982.
2. Flores GSC, Ramos RM, Álvarez LlG, Sánchez MCV, Piña GB. Tendencia de la matrícula femenina en la educación superior: un cuarto de siglo. El caso de la carrera de medicina. *Revista Facultad de Medicina UNAM* 2000; 43(6).